

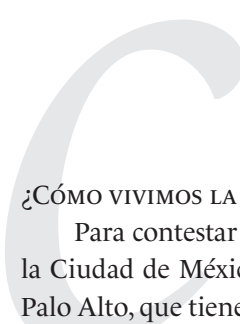


El espacio sensible

Las mujeres de la
Cooperativa Palo Alto
en la colonia Santa Fe

Virginia Negro

Fotografía: Livia Radwanski



¿CÓMO VIVIMOS LA CIUDAD? ¿Cómo nos construimos como ciudadanas?

Para contestar a estas preguntas he ido hasta la colonia Santa Fe en la Ciudad de México, particularmente a la cooperativa de viviendas de Palo Alto, que tiene una de las más antiguas experiencias de lucha por el derecho a una vivienda en América Latina.

También deseo prestar particular atención a la vulnerabilidad y el miedo en la vida de las mujeres urbanas para entender cómo las mujeres de Palo Alto han utilizado su percepción de la vulnerabilidad en la lucha por la vivienda, el surgimiento y el mantenimiento de su comunidad, y en contra de la segregación espacial derivada de la dinámica de urbanización contemporánea.

Las emociones no son únicamente impulsos irracionales de nuestro inconsciente que caracterizan algunos momentos de nuestra biografía personal, sino variables explicativas para comprender el mundo en el cual vivimos. El espacio también puede ser emocional. La vivencia del espacio urbano se halla marcada por el miedo, el cual es una experiencia específica de un género. El miedo, por tanto, puede ser un instrumento de regulación de la sociedad y, a la vez, posible motor emancipador en los procesos de lucha.

Entonces, ¿qué es el miedo y de qué forma puede influir en la cotidianidad? El miedo es un sentimiento frente a presuntas conductas violentas. Todas las mujeres tememos la violencia que se encarna en la esfera pública, en la calle y frente a desconocidos; aunque las estadísticas indican que es mucho más frecuente la violencia que tiene lugar cuando se cierra la puerta y se penetra en la intimidad de la casa.

La diferencia entre miedo y violencia resulta conceptualmente clara: la violencia se ejerce —o se experimenta—, mientras que el miedo se siente. Pero en la vida cotidiana los límites que separan los dos conceptos son borrosos. Hablamos entonces de violencia-miedo, un concepto que se observa particularmente en la vida pública de las mujeres.

Como afirmaba Henri Lefebvre, el espacio no sólo es construido y transformado por los individuos; sino también es apropiado subjetiva y

diferencialmente por hombres, mujeres, pobres, adinerados, jóvenes, ancianos, etc.; y como tal es capaz de producir, estimular e inhibir diversas formas de interacción social. El espacio no sólo es el lugar en el que las prácticas sociales se llevan a cabo, sino también un elemento que interactúa en el proceso de configuración de dichas prácticas sociales y, por tanto, en la construcción de los sujetos y de sus formas particulares de representación simbólica de la ciudad.

Los hombres y las mujeres utilizan de forma distinta el espacio. El género es uno de los factores que mayor incidencia tiene en la movilidad geográfica urbana. El miedo en el espacio exterior —la calle— se configura como un tipo de violencia en cuanto reduce la vida urbana de las mujeres. La violencia-miedo es considerable como un tipo de violencia invisible. Para decirlo con las palabras de Pierre Bourdieu: una violencia simbólica.

El miedo de las mujeres al espacio público se manifiesta, por ejemplo, en su (auto)limitación para circular de noche por las calles.

La violencia-miedo actúa mediante sus efectos consecuentes provocando sistemáticamente inseguridad, lo cual lleva a las mujeres a adoptar estrategias que reducen su movilidad en una autolimitación del uso de la infraestructura pública, hasta llegar en ocasiones a elegir la inmovilidad, cuya forma más extrema es la reclusión hogareña.

Desde la antigüedad, la ciudad en su forma pública —la calle— ha sido estigmatizada como peligrosa. La iconoclastia fue una forma de defensa a un “afuera” entendido como un escenario infernal: la única estancia que nos puede proteger de él es el Estado. La ciudad necesita ser rescatada de su mismo afuera, de este espacio de depravación habitado por el magma de la multitud. La visión de Babilonia, la ciudad demoníaca, ha marcado toda una tradición arquitectónica y urbanística al crear la retórica del pavor a la calle, un lugar cuyas energías deben ser permanentemente confinadas.

En sentido opuesto, el hogar está identificado como un lugar protector, previsible, donde mantenemos un cierto ámbito de verdad y donde aún florece el ideal de la familia nuclear. Entrar en lo urbano significa abandonar este lugar de seguridad y entrar en el movimiento. Salir a la calle significa exponerse a la experiencia donde la cotidianidad está cargada de potencialidad.

La vulnerabilidad indica una condición de dependencia e interdependencia que cambia la manera dominante de entender la corporeidad. Una parte de lo que el cuerpo significa yace en su interdependencia con otros cuerpos, en su dependencia con una red de soporte formada por personas, objetos e infraestructuras. El significado político del cuerpo humano no puede ser pensado afuera de estas relaciones. A pesar de sus confines, de la piel que habitamos, o quizá por ello, el cuerpo está definido por las relaciones que lo mantienen vivo y posibilitan sus acciones.

Para los movimientos sociales, la vulnerabilidad es parte del significado político de la resistencia como acto corpóreo. Los movimientos sociales deben asumir el hecho de que somos, en primer lugar, seres vulnerables —cuerpos vulnerables— para superar esa vulnerabilidad mediante la resistencia. La vulnerabilidad puede emerger con los movimientos de resistencia durante una demostración y transformarse en una manera de ejercer una democracia directa, al tiempo que se hace evidente el derecho a expresarse.

La resistencia de los movimientos sociales por el derecho a la vivienda, como la Cooperativa Palo Alto, no tiene como fin superar la vulnerabilidad. La vulnerabilidad misma se transforma en una herramienta que, cuando está movilizada, lleva a la construcción de una resistencia. Entonces podemos decir que la vulnerabilidad se convierte en una fuerza movilizadora: en este modelo, vulnerabilidad y resistencia trabajan juntas.

La ciudad neoliberal y su estilo de vida individualista tienden a crear una tendencia contraria: se

pretende proteger de la vulnerabilidad actuando conforme a una estrategia de aislamiento. Aislarse, de hecho, es una modalidad de resistencia a la vulnerabilidad, vivida como fuente de miedo.

La solución al miedo, al momento de sentir vulnerabilidad, se encuentra en la creación de una ideología individualista, pensemos en las *gated communities* (los fraccionamientos cerrados) y en consecuencia se reduce la red de soporte. Sobre este ideal moderno se basa gran parte de la anatomía de las ciudades que habitamos.

Las clases privilegiadas se encierran en comunidades en cuanto sienten ser un posible objetivo de las clases más precarizadas, y sus privilegios están expuestos al riesgo frente a una movilización que demanda igualdad y libertad.

Hablamos entonces de dos formas de resistencia completamente distintas. En el caso de la Cooperativa Palo Alto, el miedo está en la base de una política movilizadora; en el segundo caso, lleva a una resistencia a la vulnerabilidad.

En el caso de la Cooperativa Palo Alto, su historia de resistencia es consecuencia de una originaria precariedad habitacional. El movimiento de resistencia utilizó su vulnerabilidad como instrumento de acción social al formar un sujeto político colectivo que formuló una demanda común: la de una vivienda digna. La historia de lucha de la cooperativa se ha sedimentado en el tiempo creando una memoria grupal que aún es una de las herramientas más poderosas en la lucha actual contra el anquilosamiento al que están expuestos los vecinos de la cooperativa. El miedo a la amenaza de vulnerabilidad producto del desalojo de su territorio y de sus casas ha sido el motor que ha unido particularmente a las mujeres en la lucha por el derecho a una vivienda digna. Amenazadas por el dueño del terreno, las mujeres se han organizado en la protesta. “Tenía mucho miedo a perder mi casa, ya tenía mis tres hijos, no sabía dónde hubiera acabado”. El miedo es, en muchos casos, vivido colectivamente y dirigido hacia un objetivo —en el caso de Palo Alto— en torno a una vivienda. Se puede superar en

su dimensión paralizante hasta transformarse en una motivación para seguir en la lucha.

En el caso de la Cooperativa Palo Alto, la pérdida del miedo hacia la autoridad produce, en algunos casos, la pérdida del miedo hacia la legitimidad de las construcciones patriarcales en el seno de la familia, y crean en ocasiones conflictos —incluso separaciones— al interior de la pareja. Cabe citar al sociólogo uruguayo Raúl Zibechi: “Cambian ellas, cambiando el mundo”.

Las mujeres de Palo Alto que participan en la vida de su comunidad muy a menudo aceptan al interior de la familia los típicos papeles de género. En la Cooperativa Palo Alto el miedo es también —aunque no exclusivamente— un sentimiento que desencadena una reacción de empoderamiento colectivo. El miedo a perder el hogar es el elemento sobre el cual se cimienta la creación de un sujeto colectivo en lucha por la vivienda, un derecho humano fundamental; es un proceso participativo en el que las mujeres pueden desempeñar un papel de sujeto político y de conocimiento para reubicarse de forma igualitaria en el cuadro de las negociaciones sociales. Un empoderamiento que se desarrolla a partir del desafío a las relaciones existentes de dominación.

Al confrontarnos con ellas notamos que existe una superación del sentimiento de miedo mediante la participación colectiva en la lucha, lo cual produce una superación colectiva —con resultados concretos—, una personal —de acuerdo con el aumento de la autoestima—, y la conciencia de autogestión que, en algunos casos, lleva a las mujeres a desafiar las normas patriarcales instituidas al interior de su propia familia.

Mientras el miedo generalmente vivido por las mujeres en la urbe neoliberal es una emoción utilizada para mantener las relaciones de dominio existentes en la sociedad, las mujeres de la cooperativa demuestran cómo a partir de la subjetividad surgida de sus experiencias se hace posible construir una nueva realidad colectiva, donde se reconocen e identifican unas con otras, como parte de la producción social, y sus espacios y territorios diarios y privados se transforman en bases para la acción colectiva. 